

**La secuencia
“bello-bueno-justo-sabio” en
los fragmentos de Heráclito**



GIUSEPPINA GRAMMATICO AMARI

La secuencia bello-bueno-justo-sabio en los fragmentos de Heráclito

De la mano de los fragmentos en que Heráclito se refiere a determinadas realidades que remiten a la noción de belleza, se trata de definir qué es para él lo bello, y se amplía el contenido que ella abarca integrando las nociones afines de orden, bondad, justeza y sabiduría. Solo así la idea de lo bello se destaca en plenitud.

Palabras claves: bello, bueno, justo, sabio, Heráclito

The sequence beautiful-good-just-wise in Heraclitus' fragments

Along with the fragments in which Heraclitus refers to specific realities which address the notion of beauty, the point is to define what exactly is beauty for him, and the content it comprises is enlarged by integrating notions related to goodness, justice, and wisdom. Only this way the idea of the beautiful is highlighted at its fullest.

Key words: beautiful, good, just, wise, Heraclitus.



La secuencia “bello-bueno-justo-sabio” en los fragmentos de Heráclito*

GIUSEPPINA GRAMMATICO AMARI
Doctora en Letras
Directora del Centro de Estudios Clásicos
Universidad Metropolitana de Ciencias de la
Educación
ggrammar@umce.cl

I Lo bello

Atisbar la belleza es sumergirse en el más deleitable de los sueños y contemplarlo presente en la más ensoñadora de las realidades. Pensarla es cosa ardua, pues el pensar nos remite a algo que es precioso porque tiene peso y por lo tanto valor que se puede examinar, apreciar, cotejar. Lo bello, en cambio, parece no tener peso. Lo imaginamos como algo ligero, alado. Deberíamos acudir a un cierto pensar mítico que nos translade al ámbito del asombro, en el cual las cosas se desvisten de su “coseidad” y aparecen como suspendidas en el aire, fluctuantes, como mitologemas evanescentes, a la vez concretos -mas no del todo- y abstractos -mas no del todo-. Si tratamos de palparlas, sentir las, mensurarlas, al momento se sustraen a nuestro intento de aprehensión. Es como tratar de aferrar a un fantasma.

Definir lo bello es extraordinariamente difícil, casi imposible, en cuanto significaría, de algún modo, constreñirlo dentro de ciertos confines, aunque inmatereales; y esto aparece del todo ajeno a su naturaleza. Así y todo, nuestra razón no renuncia a intentar descubrir ciertas categorías propias del ámbito espiritual, que podrían dar cuenta del ser de lo bello; no se resigna a aceptar su ineptitud en lo que se refiere a lo inconmensurable. Y aunque el intento sea destinado a fracasar, no deja de tenderle trampas para cogerlo en sus redes. Procede cautamente para sorprenderlo, por afinidades y oposiciones, correspondencias y descartes, descensos y ascensos.

Las múltiples formas de lo inasible eterno se asoman a su horizonte más cercano, pero no se quedan allí quietas esperando que él llegue

* Trabajo entregado en septiembre y aceptado en noviembre 2005.

con su paso grave y callado. Aletean de una a otra línea fronteriza de lo inmaterial obligándolo a aplicar otras estrategias, a emplear signos, símbolos, a captar resonancias secretas, sutiles, apenas perceptibles, a descubrir ilaciones de otro orden, a inventar metáforas y abstracciones que remitan de la linealidad de lo geométrico a la esencialidad de lo sublime, de la lucidez de lo formulaico a la esplendencia de lo absoluto. Y allí están los tres círculos de la visión beatífica del Paraíso dantesco, el *pianissimo* de los nocturnos chopinianos, las fulgurantes irrupciones de las más osadas teorías filosóficas o científicas. Las maravillas de los *invisibilia* que parecen empeñados en sustraerse a la contemplación de nuestros ojos de carne, mientras una aun leve sombra empañe su mirar y admirar.

I,1 Lo bello-ordenado (κόσμος)

Fr. 107/124**:

σάρμα εἰκῆ κεκυμένον
ὁ κάλλιστος κόσμος.

“Desperdicios amontonados al azar,
el ordenamiento más bello”

Belleza es, en primera instancia, orden. El orden aparece claramente opuesto al azar. Σάρμα es una suerte de hendija abierta que deja ver en sus adentros un montón de cosas dispuestas de cualquier manera, un revoltijo de formas amorfas, en que nada es claro y distinto, nada puede ser identificado ni admirado; lo que está allí no tiene unidad y menos aún universalidad. Pertenece al mundo de la precariedad, de la dispersión, de la disgregación. Desperdicios, excrementos, basura. Algo como una mueca sale de allí casi burlándose de nuestros sentidos estéticos. Esto es absolutamente contrario al orden y no puede ser bello. Lo bello le es ajeno.

Si esta paradoja hubiese sido pensada y expresada en nuestro tiempo, quizás no nos produciría asombro. La fealdad se ha instalado en nuestro entorno y pugna para ser elevada al rango de categoría. Puede que nos choque, mas nos estamos acostumbrando a admitirla casi como un mal necesario. Pero en el mundo al que Heráclito pertenecía, los cánones de la belleza eran otros. ¿Qué hay, pues, detrás de estas palabras? ¿Nos está insinuando, el Oscuro, que lo bello no está en las cosas sino en nuestros ojos y en la mirada que estos vuelven sobre ellas? ¿O en nuestra alma y en

** La doble enumeración de los fragmentos corresponde a las ediciones de Márcovic y DielsKraus respectivamente.

su capacidad de acogida? ¿Nos está tratando de explicar, en su estilo lacónico y sibilino, que si esos ojos y esa alma son limpios, serán capaces de atisbar, detrás de las apariencias, la virginal inocencia del ser de “las-cosas-que-son”, en sus múltiples formas? ¿Acaso no nos ha dicho que lo discordante concuerda consigo mismo¹? El orden está en la estructura interna de las cosas, y el ajuste más perfecto no está en la superficie². Hemos de aprender a agudizar nuestra mirada: la belleza suprema no está dada: es indispensable que sepamos transformar en κόσμος todo σάρμα que sorprendamos haciendo gala de su fealdad e imperfección. Somos responsables del maravilloso ordenamiento que asoma gratuitamente en cada hendidura, en cada cruce, y camuflándose a la manera del añoso Proteo parece divertirse en colmarnos de estupor. Necesitamos, pues, saber más acerca de ese orden tal como Heráclito lo concibe.

Fr. 24/89

τοῖς ἐγρηγορόσιν ἓνα καὶ κοινὸν κόσμον εἶναι,
τῶν δὲ κοιμωμένων ἕκαστον εἰς ἴδιον ἀποστρέφεισθαι.

“Para quienes están despiertos, el orden del mundo es uno y común, quienes están dormidos, en cambio, se vuelven cada uno hacia un orden propio”.

El ordenamiento del mundo es uno solo y universal. Esto se ve claramente cuando se está despiertos, en permanente vigilia. Pero el mundo está lleno de seres soñolientos y perezosos. Estos creen tener cada uno un orden suyo propio, y se inclinan hacia él como si fuese su posesión exclusiva, haciendo caso omiso de todos los demás. Esta visión unilateral, unidimensional de las cosas impide el acceso a un conocimiento real y objetivo, y es fácil entonces desfigurar los claros perfiles de lo real. El orden es belleza, y la belleza les pertenece a todos.

Fr. 51/30

κόσμον τόνδε, τὸν αὐτὸν ἀπάντων,
οὔτε τις θεῶν οὔτε ἀνθρώπων ἐποίησεν,
ἀλλ' ἢν αἰεὶ καὶ ἔστιν καὶ ἔσται.

“Este ordenamiento del mundo, el mismo para todos, no lo creó ninguno de los dioses ni de los hombres; fue, es y será eternamente”.

¹ Fr.25/10: ...*synpherómenon* ² Fr. 9/54: *harmonie aphanés fanerēs diapherómenon...* *kreiton.*

El orden “es”, no “se hace”. Pertenece al ámbito del ser. Ni siquiera un dios podría atribuirse su “creación”. Lo que es creado depende de quien lo crea. El orden del mundo no está sujeto a nadie. Su libertad es suprema. Ya vimos que es común y mismo. Esa mismidad y esa com-uni3n son sus rasgos esenciales. Se ubica en el 3mbito de lo principial. No hay 3rdenes m3ltiples y distintos uno del otro. Es uno solo, todas las cosas que son tienen en 3l su principio rector, su eje referencial. Hay un solo modo de definirlo sin limitarlo: aplicarle “la f3rmula de la eternidad” identific3ndolo con el ser en su eterno despliegue: escandido en tres tiempos continuos, imperfecto, presente y futuro, y en un 3nico modo, el indicativo, el modo de la realidad. Una duraci3n sin fin, entre el extremo linde de la memoria y el m3s lejano horizonte de la esperanza, vivida en un hoy que es, para quien es a la vez protagonista y espectador, como un arco de puente desde el que los dos polos se divisan y entrecruzan, al comp3s del tiempo, los recuerdos y los anhelos.

I,2 Lo bello luminoso (πῦρ)

Fr. 51/30 (continuaci3n):

πῦρ αἰζῶν.
ἀπτόμενον μέτρα καὶ ἀποσβεννύμενον μέτρα.

“Fuego siempreviente
que se enciende seg3n medida y se apaga seg3n medida”.

Lo bello es, por naturaleza, fogoso y ardiente. Est3 por ende ligado a lo luminoso. Fuego, dice Her3clito refiri3ndose al κόσμος, pero fuego sacro que cela en sus adentros “la vida siempre”. ¿Por qu3 fuego? Sensible o inteligible, el fuego oscila entre los dos polos. Como la encina de Fer3cides, enlaza lo ct3nico y lo uranio. Flameante, brota desde la interioridad m3s opaca y se lanza hacia la allendidad m3s esplendorosa: porciones de resplandor en la tiniebla, porciones de tiniebla en el resplandor, altern3ndose en un contrapunteo como de clepsidra en las manos del tiempo. Es un juego de precisi3n, en que las proporciones varían conforme a una medida previamente establecida que asegura la perpetuidad del brillar. Un rítmico encenderse que no llega a arrasarse con lo que halla alrededor: un rítmico apagarse que no llega a consumir del todo la centella del pedernal. Su secreto, la unidad de medida perfecta que asegura el brillo y protege el *continuum* del ser.

En su tan discutido mapa astron3mico³, Her3clito nos da una hermosa

Fr.62/120: “Los confines de Aurora y linde de Zeus resplandeciente”
Crep3sculo son la Osa, y, frente a ella, el

imagen de “la región de la luz”, que llama: “οὐρος αἰθρίου Διός” e identifica con el linde en que el resplandor del día alcanza su punto más alto. Precisamente Zeus es el dios del día luminoso, y aquí parece definir lo bello radiante, la cálida claridad meridiana en oposición a la fría obscuridad nortina.

El mismo juego de oposiciones está en la hermosa metáfora de las brasas, que se encienden, *διάπυροι γίνονται*, al acercarse al fuego, y se apagan, *χωρισθέντες δὲ σβέννυνται*⁴, al alejarse de él, aludiendo a la modalidad de nuestra facultad cognoscitiva, que se incrementa o disminuye de acuerdo a la cercanía o lejanía de la inteligencia ígnea.

Lo bello resplandece y arrebat: impelidos por su esplendor, algo se enciende en nosotros, y establecemos contacto con lo divino. El cosmos es fuego⁵, el dios es fuego⁶ o se asimila a él; el rayo es fuego⁷ y todo lo arrebat⁸, y también el logos es, en cierto modo, fuego⁹. Su común prerrogativa es el imperio que ejercen, de acuerdo a sus atribuciones y según normas justas y necesarias, sobre las cosas y los seres todos: *οἰακίζει, κρινεῖ, καταλήπτει*. Su finalidad es asegurar el ordenamiento del mundo, proteger su armonía y su belleza.

1,3 Lo bello-bueno (ἀγαθόν)

Dentro de ese orden universal, lo bello es también bueno. Este coincidir de lo bello con lo bueno ya no es tan patente en nuestro mundo. Diríamos más bien que se ha vuelto utópico y a menudo chocante. En la visión heraclíteica, en cambio, es obvio que así sea, pues precisamente así debe ser. Los ejemplos pululan.

En el alma, la belleza supone fulgor luminoso y radiante, pero contenido; supone bondad, sabiduría y proporción. Por eso, dentro de los eslabones que configuran sus grados de perfección, el más elevado es el del alma seca, o sea, la que tiene adentro más fuego¹⁰.

Fr. 68/118:

αὕη ψυχῆ σοφωτάτη καὶ ἀρίστη.

“El alma ardiente es la más sabia y la más buena”.

⁴ Fr.116/A16

⁵ Fr. 51/30

⁶ Fr. 77/67: “...se trasforma como fuego...”

⁷ Fr. 79/64: “el rayo timonea todas las cosas”

⁸ Fr.82/66: El fuego, abalanzándose de im-

provisio sobre todos los seres vivientes, los juzgará y condenará”.

⁹ Fuego inteligente (*πῦρ φρόνιμον*), dirán después los estoicos.

¹⁰ Fr. 68/118

No todo el fuego, porque la destruiría; no solo un poco, porque le quitaría algo de bien. La justa medida de fuego, que la hace pura y ligera manteniéndola a una distancia adecuada de la materia húmeda y pesada. Un equilibrio perfecto. Solo así será un alma bella; la más bella, y por tanto también la más buena y la más sabia. Entre sus cualidades Heráclito coloca, en un lugar privilegiado, la profundidad: el alma es bella, buena y sabia porque no tiene confines que la constriñen y porque tiene un λόγος βαθύς¹¹, eso es, una medida profunda. Es como si quisiera mostrarnos sus coordenadas espaciales y atemporales, que desde el centro se extienden en todas las direcciones y en todas las dimensiones, de manera que la ligereza no excluye la profundidad y la infinitud no excluye la medida.

Una gradación semejante, que mide la *kalokagathía*, encontramos en dos textos que se refieren a los hombres. Es evidente que aquellos que colocan, por sobre los bienes materiales, un bien espiritual –por ejemplo, la gloria que perdura, κλέος ἀένανον–, la poseen en un grado más alto:

Fr. 95/29:

αἰρεῦνται ἐν ἀντὶ ἀπάντων οἱ ἄριστοι.
κλέος ἀένανον θνητῶν·
οἱ δὲ πολλοὶ κεκόρηνται ὄκωσπερ κτήνεα.

“Eligen una cosa por sobre todas las otras, los mejores:
la gloria sempiterna en vez de los bienes efimeros;
los muchos, en cambio, se atiborran como bestias”.

Están aquí delineadas las categorías hesiodeas de lo *músico* y lo *véntrico*, de lo sempiterno y de lo efímero, claramente definidos por sus respectivas operaciones: la del elegir, αἰρεῦνται, en el ejercicio de la más plena libertad, y la del satisfacer los placeres de la carne, κεκόρηνται, bajo el yugo de la más infamante esclavitud.

Y el hombre óptimo, que tiene un comportamiento correcto y se entrega al servicio público sin pedir nada a cambio, vale por miles.

Fr. 98/49:

εἷς ἐμοὶ μύριοι ἐὰν ἄριστος ἦ .

“Uno para mí es diez mil, si es el mejor”.

¹¹ Fr. 67/45.

En un contexto más amplio, un ajuste bien proporcionado y armonioso, interno e invisible, es más fuerte y bueno que uno externo y visible, pues la armonía que el ajuste produce es sinónimo de belleza:

Fr. 9/54:

ἄρμονίη ἀφανῆς φανερῆς κρείττων.

“La armonía invisible es más bella que la visible”.

Está cargada de una galanura interior no expuesta al deterioro de lo que desflorece.

I,4 Lo bello-justo (δίκαιον)

El punto de vista del dios en lo que concierne a la valoración de las cosas, es infinitamente superior al de los seres humanos.

Fr. 91/102:

τῷ μὲν θεῷ καλὰ πάντα καὶ δίκαια.
ἄνθρωποι δὲ ἅ μὲν ἄδικα ὑπειλήφασιν ἅ δὲ δίκαια.

“Para el dios, todas las cosas son bellas y justas,
los hombres, en cambio, algunas las consideran injustas,
otras justas”.

Es el dios, en efecto, quien, en su ser ilimitado, tiene la unidad de una medida plena.

Para él lo bello se identifica con lo justo. No es una casualidad el hecho de que, en el mito más antiguo, el dios por excelencia, Zeus, en los comienzos de su reinado sobre los olímpicos, celebra sus nupcias con la titánide Themis, la augusta y veneranda deidad de la justicia; y su hija es Dike, actualización de la misma. Es atributo suyo ordenar todas las cosas según la medida perfecta. La justicia es, entonces, el conjunto de todas las virtudes, de manera que el ser plenamente virtuoso es por lo mismo plenamente justo; y es la justeza, la correspondencia adecuada y precisa de una acción o una cosa, la que la hace bella y buena. La vara con que miden los hombres, por el contrario, dista mucho de ser perfecta. Ellos juzgan subjetiva y arbitrariamente. Su visión es limitada y su ponderación influenciada por toda una gama de factores adosables a la contingencia, y por ende transitorios, que impiden un juicio certero y confiable. Eso mismo es lo que

Heráclito señalaba en el fragmento 24/89, donde contraponía el ordenamiento del mundo universal al particular, el *kosmos koinós* al *ídios*. Al sentirse inclinados hacia un mundo propio, que pueden manipular según les convenga, los hombres terminan por creer justo y bello exclusivamente lo que les acomoda; pero esto es una insensatez: solo los que no hablan con buen criterio, *χρη νόοι*, pueden sostener algo tan poco sabio.

Lo justo es bello porque implica el respeto de los límites, absolutamente indispensable para la mantención del orden universal. La transgresión -considerada hoy erróneamente un ejercicio de la libertad, y por tanto algo positivo- amenaza ese ordenamiento, lo infringe generando una grieta, diríamos casi una herida, en la preciosa envoltura del ser que el *kosmos*, en cuanto orden y belleza, contiene y custodia. Si el Sol quisiese sobrepasar los confines determinados por su órbita, causaría una catástrofe y debería ser castigado por ello¹². Pero los ejemplos no son suficientes para alertar a los humanos y ayudarlos a enmendar su senda. Heráclito está bien lejos de considerar la justa medida como una suerte de camisa de fuerza, y su aplicación una reiteración rutinaria debida al seguimiento de normas arbitrarias y oprimientes. Esto nada tendría que ver con el orden ni con la belleza. En el fragmento 28/80 afirma:

εἰδέ <ναί> χρῆ
 τὸν πόλεμον ἐόντα ξυνὸν
 καὶ δίκην ἔριν
 καὶ γινόμενα πάντα κατ' ἔριν καὶ χρεῶν.

“Hay que saber
 que el contraste es razonable,
 que lucha es justicia,
 y que todo acontece por lucha y necesidad”.

El orden universal no es estático y siempre igual a sí mismo; deja aquel margen de libertad que permite su viveza y animación. Está construido según medidas que van ajustándose de acuerdo al ritmo del ciclo de la vida. Es esto lo que asegura su justeza y su belleza. Como veremos, la Inteligencia cósmica gobierna todo a través de todo¹³. Todo, pues, está llamado a colaborar en la edificación del cosmos, tanto el físico como el suprafísico, siempre, por cierto, según medida¹⁴.

¹² Fr. 52/94.

¹³ Fr. 85/41.

¹⁴ No es casual que la raíz de *metron*, medida. -*me*. medir, tiene una alternancia de vocal breve y larga, y es la misma de la que

procede *metis*, sabiduría y que implica un conocimiento preciso y acabado. Cfr. también el frag. 53/51 sobre las transformaciones regulares, y por ende justas, del fuego, que se miden conforme a un *logos*.

1,5 Lo bello-sabio (σοφόν)

Y aquí nos sale al encuentro la categoría de lo sabio, que está, ella también, indisolublemente ligada a la de lo bello. Tratemos de penetrar en la naturaleza de la sabiduría. En el fragmento 26/50, uno de los de más difícil interpretación, Heráclito dice:

οὐκ ἔμοῦ ἄλλὰ τοῦ λόγου ἀκούσαντας
ὁμολογεῖν σοφόν ἐστὶν ἕν πάντα εἶναι.

“Es sabio que quienes han escuchado no a mí sino al Logos convengan en que todo es uno”.

También aquí se trata de aplicar el buen criterio: si alguien ha tenido, por parte de quien es la Verdad misma, una revelación verdadera, no le cabe sino concordar con ella. Todo es uno; uno es todo. Eso y no otro es “cosa sabia”. Lo sabio tiene relación con la verdad. Los ojos de los hombres, a menudo ciegos o soñolientos, y sus oídos, sordos u obtusos, no están en condición de percibir en la multiplicidad de las cosas la unidad superior que las constituye en el ser y por la cual son lo que son. La verdad de ese ser se les escapa. Y la verdad es también el bien de la cosa, su justedad y su belleza.

Que no sea fácil alcanzar lo sabio, lo pone en evidencia el fragmento 83/108, que da de él una definición sibilina:

ὁ κόσμων λόγους ἤκουσα,
οὐδεὶς ἀφικνεῖται ἐς τοῦτο ὥστε γινώσκειν
ὅτι σοφὸν πάντων κεχωρισμένον.

“ De quienes he escuchado los discursos
nadie llega al punto de reconocer
que lo sabio es separado de todo”.

Hay al alcance de las manos, o mejor, de los ojos, tanto del cuerpo como del espíritu, muchas cosas que pueden parecer sabias, así como hay muchas que pueden parecer bellas, buenas y justas, pero lo sabio por excelencia, y por cierto también lo bello, lo bueno y lo justo son muy distintos. Se perfilan en una inasible lejanía. Y es que en el contexto en que se mueven, los seres y las cosas, en su variegada pluralidad, apenas pueden tener una pequeñísima parte en la unidad y totalidad de lo que llamamos sabio, bello, bueno y justo; una parte acorde, en cuanto a la medida, a su naturaleza específica, y circunscrita a su verdad.

El fragmento 85/41 ratifica la unidad de lo sabio y lo pone en relación con la facultad cognitiva, *γνώμη*. *Sophón* y *gnome* están en línea:

ἐν τὸ σοφόν
ἐπίσταςθαι γνώμην
† ὅτέη κυβερνήσαι † πάντα διὰ πάντων.

“Uno, lo sabio:
conocer el Pensamiento
que gobierna todo a través de todo”.

Sabiduría es conocimiento: Se conoce a través de la inteligencia pensante: ella pone en acción su *mekhané*, y, gracias a las estrategias de ésta, despliega su potencia rectora. *Sophón* es la belleza del pensar y del apoderarse de sus mecanismos secretos. Asentado en la cumbre (*epístasthai*) de la bóveda de la lúcida razón, involucrando en su hacer a todas las fuerzas visibles y ocultas en condición de operar en el ordenamiento del mundo, lo sabio maneja con habilidad inigualable los hilos de un entramado que es necesidad y belleza.

Hemos llegado muy en alto en esta meditación sobre la sabiduría en su conexión con la belleza. Un paso más y nos hallaremos en el reino de lo divino. En este nos introduce el fragmento 84/32:

ἐν, τὸ σοφὸν μόνον.
λέγεσθαι οὐκ ἐθέλει καὶ ἐθέλει Ζηνὸς ὄνομα.

“ Lo uno, el solo sabio,
no quiere y quiere ser llamado “nombre de Zeus”.

Lo sacro del nombre asume aquí la esencialidad que el mito le atribuyó y que ahora la razón le reconoce. Si queremos definir lo sabio de manera significativa y veraz, no tenemos más opciones que la de darle el antiquísimo apelativo Ζήν, que contiene la vida (el verbo *zān* o *zēn* significa vivir) y que ha sido largamente utilizado en la doctrina de los seguidores de Orfeo. En el mito órfico, el sentido profundo de la unidad, que configura la identidad de todas las cosas sacándolas de la dispersión de lo múltiple, es actualizado por Zeus tras el consejo de la madre, Gaia o Noche. Y es el mismo Zeus, precisamente bajo el nombre de Zēn, quien, al instaurar el nuevo ordenamiento del cosmos, desposa a Khtōnīē, la Tierra, ofreciéndole el hermosísimo manto en que él mismo ha bordado, en clave simbólica, las maravillas de la vida. El relato mítico es de extraordinaria belleza y resume todos los elementos que aquí hemos intentado enlazar, develando la afinidad que los une.

II Una visión de conjunto

¿Qué es pues lo bello en Heráclito? (τί ἐστίν;)

Bello es el kosmos-fuego, κόσμος – πῦρ, y el ajuste, ἀρμονίη, de cada cosa; bella es el alma ardiente, αὔη ψυχῆ, dotada de un principio que rompe los esquemas de lo mensurable; bella es la justicia, δίκη, que asegura el justo despliegue de la vida y del ser; bella es la medida, λόγος – μέτρον, que regula todas las cosas atándolas a su forma una vez que esta ha alcanzado la perfección; bella la gloria, κλέος, que ciñe con su halo luminoso las sienes de los hombres que han escogido situarse más allá de sus fronteras mortales y eternizarse “en la medida de lo posible”; bella la sabiduría, τὸ σοφόν, que rige el universo y ratifica la intelección de lo inteligible; bellas son en fin todas las cosas, πάντα καλά, a los ojos del dios que mira sin las constricciones de la menguada visión humana.

Pero la belleza en Grecia no es solo algo estético, que captura la facultad visiva y la deslumbra. Se extiende adentrándose en el campo de la ética, de la matemática, de la física, de la metafísica y de algún modo también de la mística: apunta a aprehender la esencia divina de lo real concreto, que se muestra esplendorosa en el brillo lozano de la forma (μορφή, εἶδος) entendida como παλίντροπος ο παλίντονος ἀρμονίη. No olvidemos que en el antiguo mito Armonía era hija de Afrodita, que era también llamada Μορφώ, la Forma por antonomasia, y era asimilada, en los tiempos más remotos, en su función de deidad urania, con la Moira enlazando fatalmente los aspectos de Necesidad y Seducción. Ella es percibida a veces como συμμετρία ο τάξις, otras como esencia y potencia, δύναμις del ser, y como su mismo cumplimiento, τέλος. Lo bello es *per se* adecuado, πρέπον, agraciado, χαριέν, pero simple y desprovisto de adornos; esto porque debe conformarse a lo real verdadero. Recordemos las palabras que salían de la boca de la Sibila, que a decir de Heráclito eran ἀκαλλώπιστα, es decir, no acicaladas, escuetas en la espléndida desnudez de su veracidad.

En Heráclito, en particular, como hemos podido apreciar, lo bello puede ocultarse no solamente detrás de lo ordenado, κόσμος, lo bueno, ἄριστον, lo justo, δίκαιον, lo sabio, σοφόν, sino también detrás de lo más fuerte, κρείττων, lo luminoso, αἶθριον, lo sempiterno, ἀέναον, lo común a todo, ξυνόν. lo invisible, ἀφανές. Conlleva, por ende, una carga importante y significativa, y nos obliga a aplicarle unos cánones que traspasan en mucho el orden estético. El filósofo no se limita a admirar sus mostraciones externas. Hay más, parece querer señalarnos que la verdadera belleza no pue-

de ser superficial y vacía. Un análisis en profundidad de aquello que revelan sus apogemas más interesantes nos invita a no dejarnos seducir por la simple apariencia de las cosas, sino por el maravilloso entramado de exterioridad e interioridad que constituye su intrínseca dignidad y nobleza. su auténtico e inigualable tesoro.